

**Dossier**

**Las guerras frente a la crisis del orden colonial. El Río de la Plata.**

**La guerra de independencia en la historiografía argentina**

Gabriel Di Meglio\*

Publicado en Manuel Chust y José Antonio Serrano (eds.), Debates sobre las independencias iberoamericanas, Madrid, AHILA-Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 27-45. (ISBN 978-84-8489-317-2)

**I**

La “guerra de independencia” deshizo en el sur de América del Sur al Virreinato del Río de la Plata y dio comienzo a un proceso que llevó a la formación de cuatro nuevos Estados nacionales en el que fuera su territorio. Cada uno de esos Estados cuenta con su propia periodización de aquel fenómeno. En Bolivia la guerra de independencia puede considerarse comenzada en 1809, con los alzamientos juntistas de las ciudades de La Paz y Chuquisaca que fueron reprimidos por tropas enviadas desde Lima y Buenos Aires, y terminada en 1825, cuando una ofensiva colombiana liderada por Simón Bolívar y José Antonio Sucre penetró exitosamente en el último bastión realista y dio lugar a la creación de una nueva república en el antiguo Alto Perú. Los uruguayos, por su parte, estudian dos fases de guerra independentista: la primera comienza en 1810 con la reacción de Montevideo contra la revolución de Buenos Aires

---

\* Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, FFyL, Universidad de Buenos Aires – CONICET.

y está marcada en la entonces llamada Banda Oriental (del Río de la Plata) por el alzamiento rural que se dio entre 1811 y 1820; de él surgió el líder que hoy es el principal héroe nacional, José Artigas. La segunda fase se da entre 1825 y 1828 en la lucha contra el Imperio brasileño que se había anexo el territorio, al término de la cual éste se convirtió en la República Oriental del Uruguay (esa segunda etapa es llamada en Argentina “Guerra con el Brasil” y no se la considera parte del conflicto independentista). Contrastando con esa agitación, Paraguay no tuvo prácticamente una guerra de ese tipo: a poco de rechazar militarmente a las tropas que Buenos Aires envió para asegurar el triunfo revolucionario en 1810, los paraguayos iniciaron una particular experiencia de aislamiento independiente que los preservó también de los avatares del gran enfrentamiento bélico continental.

En Argentina, cuya historiografía al respecto es el objeto de este capítulo, se considera “guerra de independencia” al conflicto militar contra los españoles y otros realistas que se extendió a lo largo de la década que va entre 1810 y 1820. La guerra se inició con las expediciones que la Junta Gubernativa de Buenos Aires –que reemplazó al Virrey luego de la llegada de las noticias de la caída de la Junta Central de Sevilla– envió al interior y al Alto Perú por un lado y al Paraguay por otro para garantizarse obediencia. La primera fue exitosa en un primer momento pero luego fracasó y también lo hicieron otras dos ofensivas en los años subsiguientes (la tercera de ellas, en 1815, marcaría el fin de los intentos de los revolucionarios por adueñarse del Alto Perú). En el mismo lustro el gobierno revolucionario se esforzó por derrotar a Montevideo, foco contrarrevolucionario en el Río de la Plata. Tras dos sitios y varios combates navales la ciudad cayó en manos de los revolucionarios, que así afianzaron su posición. La segunda parte de la década de 1810 está marcada por la campaña que José de San Martín comandó para derrotar a los realistas que ocupaban Chile, culminada

victoriosamente en 1818. Al mismo tiempo, el actual norte argentino sufría los embates de los realistas provenientes del Alto Perú, que fueron neutralizados por las milicias y fuerzas irregulares salteñas y jujeñas en la que sería denominada más tarde “guerra gaucha” (los ataques realistas en esa región continuaron después de 1820, pero en general el peso que Buenos Aires tiene en la historiografía argentina hizo que esa fecha haya sido considerada el final del conflicto). El panorama de la guerra independentista se completa con la existencia de un enfrentamiento entre el gobierno central con sede en Buenos Aires y las provincias del Litoral (Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes) que dirigía Artigas, conflicto que llevaría a ambos sistemas a su destrucción. Una poderosa ofensiva portuguesa avalada por Buenos Aires conquistó a partir de 1817 la Banda Oriental y privó a Artigas de su base de poder, pero algunos de sus antiguos seguidores terminarían derrotando al gobierno central en 1820 y lo obligarían a disolverse. Finalmente, la guerra desde la perspectiva argentina tuvo una prolongación: la campaña del ejército de San Martín para concluir con el poder realista en el Perú, que sobrevino a la caída del Estado revolucionario rioplatense en nombre del cual había comenzado.

Aunque se trabaron casi ciento cincuenta enfrentamientos en los diferentes frentes, entre pequeñísimos combates y encuentros más grandes (y sin incluir los choques de los revolucionarios entre sí ni los que tuvieron los orientales con los portugueses), las batallas importantes de la guerra fueron pocas: Suipacha pasó a la historia por ser la primera victoria patriota en 1810; Tucumán en 1812 y Salta en 1813 fueron fundamentales –especialmente la primera– para detener el avance de los contrarrevolucionarios luego del fracaso de la primera ofensiva al Alto Perú; Huaqui en 1811, Ayohuma en 1813 y Sipe-Sipe en 1815 fueron “desastres” que destruyeron cada uno de los avances de la revolución rioplatense a la antedicha región; el combate naval

del Buceo (1814) otorgó a los revolucionarios el dominio del Río de la Plata; Chacabuco en 1817 y Maipú en 1818 fueron las decisivas victorias de San Martín en Chile, las que comenzaron a definir el conflicto.

La guerra de independencia ha sido fundamental en la creación de una identidad argentina y es uno de los momentos del pasado de la actual República del cual más figuras se han tomado para la construcción de un panteón de héroes nacionales. El máximo es precisamente José de San Martín, el principal general en la contienda, quien de a poco fue erigido en el “padre de la patria”. Manuel Belgrano, abogado devenido militar y creador de la bandera nacional, es el segundo personaje en importancia en el panteón. En algunas provincias, personajes locales como Martín Miguel de Güemes (en Salta) o el coronel Juan Pascual Pringles (en San Luis) se convirtieron en figuras clave de panteones regionales. Es en buena medida en relación con este esfuerzo de construcción de un pasado común para un país laboriosamente unificado y poblado por inmigrantes de diversos orígenes, amparado por el Estado, que miles de páginas se escribieron sobre distintos aspectos de ese conflicto. Sin embargo, no es una temática que haya generado grandes debates historiográficos, como sí lo hicieron las características de la revolución que dio lugar a esa guerra o la situación de lo que hoy es Argentina inmediatamente después de 1820, cuando la contienda había finalizado. Problemas como el caudillismo y las guerras civiles que entonces se iniciaron han sido objeto de enconadas disputas por parte de los historiadores a lo largo de un siglo y medio de investigaciones. Pero la guerra de independencia no.

Intentaré delinear las posibles causas de ello mientras realizo el recorrido por las visiones sobre el conflicto. Me centraré en las principales producciones sobre la cuestión en el último medio siglo, con ánimo de trazar un panorama que no busca ser exhaustivo (y no voy a incursionar en el vasto terreno de las discusiones acerca de la

revolución iniciada en 1810, de la cual la guerra fue una consecuencia). Pero para explicar el derrotero historiográfico del tema en estas últimas décadas es indispensable remontarse mucho más atrás, a dos momentos clave de la formación del paradigma sobre la cuestión: la aparición de la *Historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre al cumplirse los tres cuartos del siglo XIX y la edición de una *Historia de la Nación Argentina* encargada por el Estado nacional entre fines de la década de 1930 y principios de la siguiente.

## II

Los primeros relatos acerca de la guerra de independencia fueron casi inmediatos a su desarrollo. Algunos viajeros extranjeros dejaron impresiones sobre el conflicto y varios de los protagonistas escribieron memorias en las que detallaban diversos aspectos del enfrentamiento. Estas exposiciones siguen siendo las narraciones más eficaces de los avatares bélicos y como es obvio constituyen una fuente excepcional para el tratamiento historiográfico de la cuestión. Por su parte, los escritores de la llamada *Generación del 37* (como Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría o Domingo Faustino Sarmiento) incluyeron en sus reflexiones sobre el Río de la Plata observaciones acerca de las consecuencias de la contienda. Pero la interpretación que signó a los estudios sobre la guerra de independencia se basa en una obra un poco posterior, que es a la vez la piedra fundacional de la historiografía argentina: los monumentales libros de Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación americana*.

La primera de ellas tuvo una edición con otro nombre en 1857-8 y esa denominación se le dio cuando volvió a ser publicada con muchísimos cambios en

1876; la edición definitiva –con modificaciones formales– es de 1887. Es ésta la que se convertiría en la base interpretativa de la guerra de independencia desde entonces, producto de la pluma de una de las figuras políticas fundamentales de la segunda mitad del siglo XIX en Argentina. Mitre fue publicista, político parlamentario y callejero, gobernador de Buenos Aires durante el período de secesión de esa provincia del resto del país, presidente argentino desde 1862 e impulsor de una unión nacional con hegemonía porteña, amén de comandante en jefe de las tropas de la Triple Alianza en la guerra del Paraguay. Su pensamiento fue decisivo en la imposición de una idea esencialista de la nacionalidad argentina, que fue plasmada con claridad en la *Historia de Belgrano*. Allí defendió la presencia de un sentimiento nacional argentino con anterioridad a los regionalismos “separatistas” del período 1820-1862. La nación que comenzó a emanciparse en 1810 existía desde antes de esa fecha y tenía algunas características especiales, producto de las peculiaridades de la conquista española en la región del Río de la Plata: una sociedad más igualitaria que la de otros espacios hispanoamericanos (no había por ejemplo títulos de nobleza), formada en una región en la que no había plata u oro ni una gran población indígena ni inicialmente esclavos, lo cual puso el eje de la supervivencia en el trabajo de cada uno de los colonos; un puerto influyente que conectaba al territorio con las potencias europeas y permitía el comercio directo con ellas; un espíritu democrático que residía en los cabildos. El sentimiento nacional fue el que dio lugar a la revolución de mayo de 1810, resultado de un plan delineado sin mucha conciencia por sus impulsores –una minoría ilustrada– durante la etapa virreinal. El grupo revolucionario era pequeño pero fue apoyado por el grueso del “populacho” de Buenos Aires y en seguida buscó asegurar su posición en el resto del Virreinato, lo cual dio lugar a la guerra. En ella se movilizaron las masas de las provincias, que desarrollaron una gran aversión hacia Buenos Aires y, dirigidas por sus

caudillos, terminaron por causar la disolución del gobierno central surgido en 1820. Sin embargo, su participación tuvo un lado positivo porque colaboró en la construcción de la república democrática. El establecimiento de ésta, que estaba presupuesta en la igualdad colonial, fue el punto de llegada, la victoria de la revolución.<sup>1</sup>

La posición de Mitre implicaba que la revolución era inevitable, algo que iba a suceder. Esta visión de alcance general se matizaba cuando el autor analizaba con gran manejo de los detalles las batallas que dirigió Belgrano, porque allí mostraba que – lógicamente– en esos combates el resultado no estaba definido de antemano. Así, la contingencia tiene prioridad explicativa en estos segmentos de la narración, y aunque Mitre tuviera una mirada inexorable del destino nacional su relato argüía que todo pudo haberse trastocado –en realidad retrasado– por el resultado de una lid. Así, su evaluación de las consecuencias de la batalla de Tucumán, decisiva para salvar a la revolución, era:

Bien que la emancipación del Nuevo Mundo fuera un hecho fatal, que tenía que cumplirse más tarde o más temprano, no puede desconocerse, que derrotado el ejército patriota en Tucumán, la revolución argentina quedaba en grave peligro de ser sofocada por el momento, o por lo menos localizada en los estrechos límites de una provincia, privada de aquel gran poder de expansión que le hizo llevar sus banderas victoriosas hasta el Ecuador, dando origen a cuatro nuevas Repúblicas, que sin su concurso habrían continuado varios años bajo la espada española. Y si se piensa que todas las revoluciones de la América del Sur fueron sofocadas casi al mismo tiempo (1814-1815), menos la de las Provincias Unidas ... en los campos de Tucumán se salvó no sólo la revolución argentina, sino que se aceleró, si es que no se salvó en ellos, la independencia de la América del Sur.<sup>2</sup>

Mitre continuó con la indagación sobre la guerra en su siguiente libro, *Historia de San Martín* (en la cual la otra figura central, de la que se ocupa profusamente, es Bolívar), publicado en 1888. No voy a explayarme acerca de él por razones de espacio y

---

<sup>1</sup> B. MITRE, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Anaconda, Buenos Aires, 1950. Parte del análisis enunciado proviene de N. BOTANA, *La libertad política y su historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991. sobre el desarrollo de la obra clave de Mitre véanse también E. PALTÍ, “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, *Boletín del Ravignani*, tercera serie, n° 21, Buenos Aires, 2000, y F. WASSERMAN, “De Funes a Mitre: imágenes de la Revolución de Mayo durante la primera mitad del siglo XIX”, *Prismas. Revista de Historia intelectual*, año 5, núm. 5, Quilmes, 2001.

<sup>2</sup> MITRE, op. cit., p. 248.

porque no tuvo el rol formador de un paradigma de su predecesor, pero sí consigno que fue un libro clave para la historia militar. Las ulteriores investigaciones sobre el Cruce de los Andes sanmartiniano y los avatares de las campañas de Chile y Perú –temas muy frecuentes de la historiografía militar– tuvieron siempre a las detalladas explicaciones de las operaciones bélicas desarrolladas en este libro como principal referente.<sup>3</sup>

La otra obra fundacional de la historiografía argentina es la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López, cuyos tomos se publicaron entre 1883 y 1893. Construida en polémica con la visión de Mitre, en lo referente a la guerra su influencia fue menor porque su explicación es mucho más rica en cuanto a las disputas políticas, en particular en Buenos Aires, que en lo que toca a los acontecimientos bélicos. De todos modos, la guerra es en su argumento decisiva por dos razones: una, claro está, es que permitió la independencia, y la otra es que su desenlace causó una larga ruina a la Argentina. Porque la desobediencia que hizo en 1819 el general San Martín cuando el gobierno central le ordenó volver con su ejército desde Chile y volcar todas sus fuerzas a derrotar a los caudillos artiguistas del Litoral permitió la caída de ese gobierno en manos de los “anarquistas”, lo cual retrasó enormemente el afianzamiento de las instituciones.<sup>4</sup>

Fue entonces la visión de la guerra de Mitre la que se convirtió en paradigma de los estudios sobre la guerra de independencia e influyó también decisivamente al abordaje de la cuestión en los textos escolares. Los historiadores subsiguientes se dedicaron fundamentalmente a profundizar aspectos que él había esbozado.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> B. MITRE, *Historia de San Martín y la emancipación americana*, Anaconda, Buenos Aires, 1950.

<sup>4</sup> V.F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, G. Kraft, Buenos Aires, 1913 (especialmente los vol. 6, 7 y 8).

<sup>5</sup> Hubo algunas excepciones que sin contradecir a Mitre hicieron su propia exploración, como José María RAMOS MEJÍA, quien en 1899 dedicó un capítulo de su *Las multitudes argentinas* (Secretaría de Cultura de la Nación – Editorial Marymar, Buenos Aires, 1999) a analizar el papel crucial que jugaron en el conflicto las masas actuando en tanto “multitud”, siguiendo una “táctica ilógica” y contando con un empuje irresistible.



Medio siglo después de la última edición de la *Historia de Belgrano* la interpretación mitrista seguía en pie. La historiografía estaba ahora hegemonizada por una generación de historiadores conocido como la *Nueva Escuela Histórica*. Se trataba de un grupo que a partir de la década de 1910 empezó a profesionalizar el campo, tanto por basar su supervivencia en la tarea historiográfica como por afianzar criterios metodológicos sólidos para su ejercicio. Su producción se estructuró en torno a algunas instituciones clave que fueron fortaleciéndose a compás suyo, fundamentalmente dos porteñas: el Instituto de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que fue dirigido durante mucho tiempo por Emilio Ravignani (y hoy lleva su nombre), y la Junta de Historia y Numismática (que había fundado Mitre), más tarde transformada en Academia Nacional de la Historia, conducida por Ricardo Levene.<sup>6</sup>

El predominio de la *Nueva Escuela Histórica* en la historiografía argentina no modificó la visión ya tradicional sobre la guerra independentista. Algunos de los principales referentes de la corriente, como Levene, Ravignani o Juan Canter, dedicaron buena parte de sus esfuerzos al período independentista, pero sus preocupaciones pasaban más por aspectos institucionales, económicos, legales, constitucionales y de desarrollo doctrinario que por un interés en las características de la guerra independentista. Fueron precisamente historiadores que eran a su vez militares los que se ocuparon de esa cuestión. Esto no era nuevo, pero cuando a partir de 1934 la que pronto se convertiría en Academia Nacional de la Historia recibió del Estado nacional el encargo de escribir la versión “oficial” de la historia patria, las páginas dedicadas a la guerra de independencia les fueron encomendadas a militares. Los capítulos que tratan

---

<sup>6</sup> Para una aproximación a esta corriente pueden consultarse N. PAGANO y M. GALANTE, “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del 40”, en F. DEVOTO (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, tomo I, Centro Editor de América Latina, Buenos

de la contienda en la *Historia de la Nación Argentina*, que dirigió Levene, son trece (más dos que tratan específicamente de la figura de José de San Martín) sobre un total de cuarenta capítulos que se ocupan del período iniciado con la Revolución de Mayo de 1810. Todos ellos –con la única excepción del que relata el primer combate naval– fueron redactados por historiadores que eran a la vez militares: el general Juan Carlos Bassi, el coronel Leopoldo Ornstein, el coronel Emilio Loza y el capitán de Fragata Héctor Ratto. La posición de todos ellos era mitrista: la guerra fue un conflicto por la independencia de la dominación española, una lucha por la libertad, consecuencia directa de la revolución de mayo de 1810 al procurar el nuevo gobierno hacerse obedecer por los territorios que hasta entonces habían sido mandados por Buenos Aires en su carácter de capital virreinal. El objetivo de los revolucionarios fue “propagar la insurrección a los límites naturales del Virreinato, para luego extenderla a todo el territorio sudamericano”. Por ello partieron de Buenos Aires las primeras expediciones militares que dieron inicio a la guerra. Por su parte, “la reacción española” buscó “apagar el foco revolucionario del Río de la Plata”.<sup>7</sup>

Estos capítulos, una vez establecidas las causas del conflicto, no tocaron prácticamente ningún aspecto que no remitiera solamente a lo militar, y en particular a los aspectos técnicos. Describieron los lugares que funcionaron de escenario de los

---

Aires, 1993, y A. EUJENIAN y A. CATTARUZZA, *Políticas de la Historia Argentina*, Alianza, Buenos Aires, 2003.

<sup>7</sup> Las citas son de E. LOZA, “Yatasto, Tucumán y Salta”, en Academia Nacional de la Historia (R. LEVENE, dir.), *Historia de la Nación Argentina desde sus orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Buenos Aires, vol. V, 2° sección, 1941, p. 528. Los otros capítulos de ese mismo tomo son: J.C. BASSI, “La expedición libertadora al Alto Perú”, L. ORNSTEIN, “La expedición libertadora al Paraguay”, E. LOZA, “Organización militar (1811-1813)” y “La campaña de la Banda Oriental (1810-1813)”, B. VILLEGAS BASABILVASO, “Los primeros armamentos navales. San Nicolás”. En el tomo VI de la misma obra (1947) se agregaron en la 1° sección E. LOZA, “La guerra terrestre (1814-1815)” y H. RATTO, “La campaña naval contra el poder realista de Montevideo”; en la 2° sección, L. ORNSTEIN, “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. San Martín y la Independencia de Chile. – Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú” y “La guerra terrestre y la acción continental de la revolución argentina. La expedición libertadora al Perú”, E. LOZA, “La guerra terrestre y la defensa de fronteras” y “La invasión lusitana. Artigas y la defensa de la Banda Oriental”, H. RATTO, “La guerra marítima en las aguas del Océano Pacífico (1815-1820)”. Hubo también en ese tomo dos capítulos

combates, la composición de las tropas patriotas y de las realistas, los planes de los contendientes, la organización de las acciones por parte de ambos bandos y las alternativas de los enfrentamientos, así como sus consecuencias militares. Este formato, que era anterior a la redacción de esta obra colectiva, se mantuvo como eje de la historiografía militar en general y de la del período independentista en particular durante décadas.

Es decir, los estudios de la guerra de la independencia quedaron limitados a sus aspectos operacionales y técnicos; la interpretación de sus causas y consecuencias en el terreno no militar, su interacción con otros temas del pasado –las decisiones políticas, la sociedad que llevó adelante el conflicto– quedaron prácticamente en manos de otros historiadores, que a su vez en virtud de esta división del trabajo no incursionaban en la parte bélica (algo similar ocurrió hasta hace relativamente poco con la historia eclesiástica). Esto relegó al conocimiento de la guerra a un comportamiento estanco que al no entrar en las discusiones centrales de la historiografía argentina podía ser tratada invariablemente a lo largo del tiempo. Un siglo después de la última edición de la *Historia de Belgrano* el legado de Mitre seguía inalterable en cuanto a sus consideraciones militares.

Hubo de todos modos interpretaciones divergentes a la mitrista sobre el conflicto, de las cuales quizás la primera haya sido la presentada en 1946 por Enrique de Gandía. Contemporáneamente a la edición de la historia de la Academia, el autor, que pertenecía a esa institución, atacó la idea de que en mayo de 1810 hubiese habido una revolución en el Río de la Plata –arguyó que lo sucedido fue un cambio de gobierno– y sostuvo que lo iniciado entonces fue una guerra civil entre hispanoamericanos liberales y absolutistas, quienes la desencadenaron al negarse “a acatar la voluntad de las Juntas

---

dedicados a San Martín: R. ROJAS, “La entrevista de guayaquil” y R. CAILLET-BOIS, “Ostracismo de San Martín”.

que defendían los derechos del pueblo”. De esa guerra civil, que entonces no implicaba expediciones “libertadoras” como las que plantearon sus colegas en la publicación colectiva, devino la independencia.<sup>8</sup>

De todos modos, las exploraciones sobre la guerra de independencia, y las principales obras de historia militar en general, continuaron fundamentalmente en manos de militares. Es el caso de la *Historia de las guerras argentinas* del coronel Félix Best en 1960 o la *Reseña histórica y orgánica del ejército argentino*, que encargó su Comando en Jefe en 1971 (ambas dedican mucho espacio al conflicto independentista).<sup>9</sup> En las publicaciones castrenses como la duradera *Revista militar* diversos oficiales siguieron hasta la actualidad publicando numerosos artículos sobre distintos aspectos de la contienda independentista.<sup>10</sup> El método utilizado pervivió casi inmutable, dando lugar a producciones de diversa calidad de acuerdo a la habilidad con la pluma de sus ejecutores. Hubo historiadores militares que incorporaron nuevos documentos para explorar los ya muchas veces visitados combates por la independencia. En algunos casos el objetivo de esas nuevas visitas era alguna puja nacionalista. Por ejemplo, Ornstein realizó una exhaustiva investigación sobre la batalla de Chacabuco para desmentir a un historiador chileno que había procurado probar que Bernardo O’Higgins había sido con su decisión el verdadero artífice de la victoria en esa jornada; el trabajo de Ornstein remarcaba en cambio que la imprudencia de ese general había llevado la situación casi al borde del desastre, de no haber sido por la habilidad de San Martín...<sup>11</sup> Otros realizaron contribuciones más interesantes, como describir la trayectoria no sólo

---

<sup>8</sup> E. DE GANDÍA, *Las ideas políticas de Mariano Moreno. Autenticidad del plan que le es atribuido*, Peuser, Buenos Aires, 1946, p. 46.

<sup>9</sup> F. BEST, *Historia de las Guerras Argentinas*, Peuser, Buenos Aires, 1960; COMANDO EN JEFE DEL EJÉRCITO, *Reseña histórica y orgánica del ejército argentino*, Biblioteca del oficial, Círculo Militar, Buenos Aires, 1971.

<sup>10</sup> Uno de los que lo hizo –antes de la aparición de la Historia de la Nación Argentina– fue el más tarde presidente Juan Domingo PERÓN, quien escribió cuando era capitán del ejército “Las campañas del Alto Perú (1810-1814). Principios para el combate”, *Revista Militar*, n° 324, Buenos Aires, 1928.

de los oficiales sino también de algunos soldados destacados.<sup>12</sup> También hubo quien buscó aportar interpretaciones más amplias que la mera descripción militar. Así, el coronel Emilio Bidondo analizó a la guerra como una búsqueda de establecer y garantizar un vínculo entre Buenos Aires y el Interior atenuando los sentimientos localistas ya existentes y suprimiendo las ideas separatistas propias de algunas intendencias y pueblos del Virreinato.<sup>13</sup>

Las publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, como su boletín *Investigaciones y Ensayos*, continuaron editando ese tipo de trabajos de historia militar (con mayores aportes de historiadores no militares) principalmente orientados a la guerra de independencia., aunque las producciones sobre el tema fueron disminuyendo a partir de la década de 1980. Los cambios en el área fueron escasos: cuando a fines del siglo XX la Academia quiso actualizar su visión del pasado nacional en la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, fue otra vez un militar, el general de brigada José Teófilo Goyret, el encargado de los capítulos sobre la guerra de independencia. La visión –una exposición concisa y clara– fue exactamente la misma que sus predecesores habían escogido en los años '30, con la pequeña alteración de haber incluido un par de párrafos dedicados a la relación de la sociedad con la guerra.<sup>14</sup>

Varios historiadores herederos de esta tradición continúan su actividad. Por ejemplo, Julio Luqui Lagleyze (que no es militar) se ha dedicado en los últimos años al estudio de las tropas realistas en la guerra de independencia, tanto en lo que ahora es

---

<sup>11</sup> L. ORNSTEIN, “Revelaciones sobre la batalla de Chacabuco”, *Investigaciones y Ensayos*, n° 10, Buenos Aires, 1971.

<sup>12</sup> Por ejemplo el también militar Julio BENENCIA en “Un soldado de Buenos Aires. El negro Pascual Domingo Belgrano Pérez”, *Circumil. Revista del Círculo Militar*, n° 694, Buenos Aires, 1971.

<sup>13</sup> E. BIDONDO, *La guerra de la Independencia en el Norte Argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1976.

<sup>14</sup> J.T. GOYRET, “La guerra de la Independencia” y “Las campañas libertadoras de San Martín”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, tomo 4, Planeta, Buenos Aires, 2000. En la misma institución Miguel Ángel DE MARCO sostuvo la importancia de agregar otros factores a los clásicos para el análisis de la historia militar, de acuerdo a la renovación experimentada por otras historiografías, aunque no aplicó demasiado ese enunciado a su propio trabajo, que continuó con los lineamientos tradicionales.

Argentina como en Chile y Perú, poniendo especial cuidado en describir la organización de su ejército, los uniformes e insignias usadas, las armas empleadas y otros datos por el estilo.<sup>15</sup>

Se puede entonces afirmar que la historia militar de la contienda independentista se mantuvo prácticamente inalterable en su forma durante más de un siglo, en un lugar secundario –pero no marginal– del campo historiográfico argentino.<sup>16</sup> En cambio, muy pocas investigaciones por fuera de la historiografía militar se centraron en la guerra de independencia como problema. En general, en las producciones que le han dedicado alguna reflexión la guerra fue tomada como una consecuencia de la revolución, necesaria para lograr su triunfo. Y de allí que la evaluación de ella haya sido siempre positiva. De hecho es uno de los escasos terrenos de relativo consenso con los cuales contó el campo historiográfico en un período cargado de batallas entre distintas formas de interpretar el pasado, que tenían un correlato directo en la forma de pensar la acción sobre el presente. Aunque la guerra no ocupó un lugar privilegiado en los debates sí llenó varias páginas, especialmente en todas las obras generales de Historia Argentina, en las que es posible observar cómo la consideraron las diferentes tendencias historiográficas.

Cuando la corriente que se autodenominó *Revisionismo histórico* comenzó a impugnar a la visión que llamó “liberal” de la historiografía (que incluía tanto a Mitre y a López como a la Academia) y erigió un panteón de héroes contrario al tradicional que había adoptado el Estado como propio, no desafió la mirada sobre la guerra de independencia. Los miembros de esa tendencia, provenientes de una derecha

---

<sup>15</sup> J.M. LUQUI LAGLEYZE, *El Ejército Realista en la Guerra de Independencia*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1995; *Los realistas 1810-1826. Virreinos del Perú y del Río de la Plata, y Capitanía General de Chile*, Iquiron Ediciones, Valladolid, 1998; y

<sup>16</sup> Una descripción de la obra de todos los historiadores militares hasta los inicios de la década de 1980 se encuentra en R. ETCHEPAREBORDA, *Historiografía Militar Argentina*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1984.

nacionalista y católica, iniciaron en los años 1930 una defensa de la figura de Juan Manuel de Rosas –hasta entonces considerado un “tirano” que gobernó Buenos Aires casi sin interrupciones entre 1829 y 1852– y un ataque contra la histórica injerencia inglesa en Argentina, pero no eligieron al conflicto independentista como terreno de lucha.<sup>17</sup> Su visión nacionalista festejaba la victoria en ella y los héroes guerreros de la contienda fueron una parte del panteón “liberal” sobre la cual no avanzaron. Si acusaron rotundamente de extranjerizantes, antinacionales y colaboradores del imperialismo británico a personajes fundamentales de ese panteón como Bernardino Rivadavia (referente del unitarismo), Justo José de Urquiza (el vencedor de Rosas y propulsor de la organización constitucional del país), Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, no se dirigieron contra Belgrano y menos aún contra San Martín. Por el contrario, el hecho de que éste hubiera apoyado a Rosas ante el bloqueo anglo-francés de 1845 y le hubiese legado su sable como herencia fue un argumento ampliamente utilizado para buscar redimir la figura del “maldito” gobernador federal. Las fortísimas polémicas que los revisionistas generaron al analizar el período posterior a 1820 no se encuentran en su tratamiento del conflicto bélico.

En una obra general y tardía de uno de los mayores referentes de la corriente, José María Rosa, aparece un desafío a la mirada que un siglo antes López lanzó sobre la batalla de Tucumán, a la que llamó “la más criolla de las batallas peleadas en territorio argentino”. Rosa reivindicaba ese carácter: “Es exactísimo: faltó prudencia, previsión, disciplina, orden y no se supieron aprovechar las ventajas, pero en cambio hubo coraje, arrogancia, viveza, generosidad... y se ganó”.<sup>18</sup> El desafío a la tradición “liberal” era

---

<sup>17</sup> Para las características del *Revisionismo* véanse A. CATTARUZZA, “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en DEVOTO, op. cit.; T. HALPERIN DONGHI, “El revisionismo histórico como visión decadentista del pasado nacional”, *Punto de Vista*, Buenos Aires, año VII, n° 23, 1985; D. QUATTROCCHI-WOISSON, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

<sup>18</sup> J.M. ROSA, *Historia argentina*, T. II, Buenos Aires, Ed. Oriente, 1972, p. 384.

aquí ligero, una chanza más que una interpretación divergente, para nada comparable a la visión alternativa elaborada por los revisionistas sobre el período inmediatamente posterior a la guerra.

Otro de los autores de esa línea, Vicente Sierra, realizó algunas reflexiones sobre el conflicto. Se opuso a que se denominara “liberadora” a la expedición que en 1810 la Junta envió hacia el Alto Perú y decidió en cambio adoptar el término “patriota” para el bando revolucionario porque era la forma en que éste se autodefinía. No estaba de acuerdo con llamar “realistas” a los enemigos porque al principio todos los enfrentados combatían en nombre del rey; proponía en cambio señalarlos como “colonialistas” porque buscaban la permanencia del orden colonial. Tampoco le parecía correcto llamarlos españoles porque hubo europeos y criollos de ambos lados. Lo que hizo fue retomar la visión propuesta por de Gandía por la cual “se trataba de una verdadera guerra civil por diferencias de orden político y no de la guerra de los nacionales de una parte contra los de otra”.<sup>19</sup>

El *Revisionismo* nunca logró un gran impacto en las universidades o en el mundo académico pero obtuvo una influencia social muy considerable que se profundizó cuando el peronismo en el exilio lo tomó como su propia visión de la historia. A la vez, la radicalización creciente en Argentina y Latinoamérica en general fue corriendo a una parte de los revisionistas a otro sector del espectro político, acercándolo a la que iba a ser denominada “izquierda nacional”. Una combinación de revisionismo y marxismo se dio en la figura de Eduardo Astesano, un antiguo militante comunista trasvasado al peronismo en 1945, que fue uno de los pocos autores no militares que se ocupó directamente de la guerra de independencia en los años 1950 y 1960. En su obra, la Revolución, que fue popular y democrática, generó las condiciones políticas y

---

<sup>19</sup> V. SIERRA, *Historia de la Argentina*, Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, vol. V, 1968 (1° ed. 1962), p. 102, nota al pie.



económicas para la organización de una fuerza militar capaz de derrotar al poderío español. Se revolucionaron el sistema comercial, las relaciones de producción agropecuarias y, en menor medida, el desarrollo fabril, lo cual permitió la aparición del capitalismo por el camino de la dependencia (de las manufacturas británicas). La resultante fuerza económica expansiva fue capaz de originar la violencia organizada que significaron los primeros cuerpos patriotas enviados en la expedición al Interior. Ese capitalismo dependiente que surgió entonces fue lo que permitió llevar adelante exitosamente las campañas de San Martín.<sup>20</sup>

Exploraciones de este tipo no se encuentran en el campo de la historiografía de izquierda no revisionista. Ligada al marxismo, polemizó –con menos repercusión que los revisionistas o los herederos de la Nueva Escuela Histórica– con fuerza sobre el carácter de la revolución (desde quienes defendían la hipótesis de una revolución burguesa hasta quienes negaban de plano la posibilidad de hablar de que hubiese existido algún cambio radical) y sobre el período posterior a la independencia, pero la guerra fue muy poco visitada en sus investigaciones.<sup>21</sup>

Junto a estas corrientes en los años 1960 surgió otra, pequeña y reducida a ciertos ámbitos universitarios, a la que uno de sus integrantes llamó retrospectivamente la *Renovación*, porque su intención era innovar metodológicamente a una historiografía que variaba sus interpretaciones pero mantenía las mismas formas de trabajo. Asimismo, buscaba nivelar la producción local con el panorama internacional. Aunque su figura principal era José Luis Romero, que era fundamentalmente un medievalista, entre los historiadores agrupados a su alrededor comenzaron las inquietudes por el

---

<sup>20</sup> E. ASTESANO, *La movilización económica en los Ejércitos de San Martín*, Buenos Aires, 1950. Retomó el tema en 1961 en su “San Martín y el origen del capitalismo argentino”, que fue incluido dentro de su *Bases históricas de la doctrina nacional*, Eudeba, Buenos Aires, 1973.

<sup>21</sup> Véanse por ejemplo R. PUIGGRÓS, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1954; M. PEÑA, *Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1972; J.A. RAMOS, *Las masas y las lanzas. 1810-1862*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974. Una mirada sobre los rasgos de la historiografía de izquierda en D.

período independentista y la guerra apareció en juego.<sup>22</sup> En 1970 Haydée Gorostegui de Torres publicó un escrito en el que propuso como causa de la guerra a la desconfianza que en el interior del Virreinato generó la radicalidad del grupo revolucionario de la capital, el cual debió recurrir a la lucha armada para lograr ser obedecido.<sup>23</sup> Dos años después otro miembro del grupo publicó el que iba a ser por importancia e influencia el libro más importante sobre la cuestión escrito en el último medio siglo: *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina Criolla*. Su autor, Tulio Halperin Donghi, ya había abordado cuestiones ligadas a la guerra de independencia tanto en un estudio general sobre América Latina como en una investigación sobre un proceso fundamental en la Buenos Aires tardocolonial: la militarización de la sociedad provocada por las invasiones inglesas a la ciudad en 1806 y 1807 y profundizada con el inicio de la guerra de independencia. También la guerra era un factor explicativo decisivo en un texto previo que explicaba la expansión territorial de la provincia de Buenos Aires después de 1820 como resultado de la demanda europea de cueros a la que pudo dar respuesta porque al haber afectado la guerra de independencia al territorio de los principales productores de bovinos del período virreinal, la Banda Oriental y Entre Ríos, sus stocks ganaderos habían mermado significativamente. Buenos Aires, en cambio, casi no vivió la guerra en su territorio y pudo aprovechar esta consecuencia del conflicto para desarrollar su economía.<sup>24</sup>

---

CAMPIONE, *Argentina. La escritura de su historia*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2002.

<sup>22</sup> La denominación de “renovación” es de T. HALPERIN DONGHI en “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”, *Desarrollo Económico*, vol. 25, n° 100, Buenos Aires, 1986.

<sup>23</sup> H. GOROSTEGUI DE TORRES, “Las guerras de la Revolución”, en *Polémica, Historia Integral*, fasc. No 6, 1970.

<sup>24</sup> T. HALPERIN DONGHI, *Historia de América Latina Contemporánea*, Alianza, Madrid, 1990 (1° ed. 1967); “Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815”, en HALPERIN DONGHI, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1978 (1° edición en *Past & Present*, n° 40, Oxford, 1968); “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, *Desarrollo económico*, 3 (1-2), Buenos Aires, abril-septiembre, 1963.

En el libro de 1972 Halperin argumentaba que la guerra, desencadenada por la revolución, acentuó la militarización en Buenos Aires y luego la fue llevando a todo el antiguo Virreinato. La oficialidad del ejército –ahora un grupo más profesional y disciplinado que la organización miliciana nacida por los ataques ingleses– se convirtió por la extensión de la contienda en el primer estamento de la sociedad. Si esos oficiales no actuaron como un cuerpo fue porque lo que primaba en la escena política era el espíritu de facción. Es que Halperin pensaba al período a través de la primacía de la política y todos los clivajes de la sociedad colonial eran en su análisis atravesados por la irrupción de ésta en la escena rioplatense. La guerra devino en su argumentación el principal elemento transformador de lo que fue el orden colonial: destruyó la riqueza pública y corporativa, eliminó trabas jerárquicas, impidió mientras duró el éxito de cualquiera de los intentos de reinstaurar un orden. La guerra, sobre todo en la segunda mitad de la década de 1810, fortaleció a autoridades subalternas de gravitación local por su capacidad de movilizar hombres y recursos a la contienda. Esa fue una de las herencias del conflicto: en él dieron sus primeros pasos como líderes los caudillos de las décadas siguientes. Ese fortalecimiento de figuras cuyo centro de poder eran las campañas es parte de otra consecuencia de la contienda: la ruralización de las bases de poder (aquí Halperin retomaba una tesis de Sarmiento). La herencia se completaba con otra novedad: la “barbarización del estilo político” que se impuso en el Río de la Plata al compás de la militarización que se fue extendiendo en los años subsiguientes. En suma, en *Revolución y guerra* la guerra es un elemento profundamente perturbador, un catalizador de cambios.<sup>25</sup>

La posición de Halperin fue elevada a un sitio clave a partir de la reinstalación de la democracia en Argentina después de la dictadura militar de 1976-1983. La

---

<sup>25</sup> T. Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina Criolla*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1979 (1° ed. 1972).

historiografía que se fue imponiendo en esos años en las principales universidades nacionales y otras instituciones académicas –con la notable excepción de la Academia Nacional de la Historia– se filiaba principalmente con esa *Renovación* a la que había pertenecido Halperin. Esa nueva historiografía –que experimentó un proceso de gradual despolitización en comparación con lo ocurrido en el período anterior a la dictadura– procuró realizar una suerte de refundación del campo disciplinar reformulando los criterios metodológicos de la profesión e intentando elevar la calidad de la producción a los estándares de los principales centros internacionales. Las investigaciones sobre el período virreinal y la primera mitad del siglo XIX ocuparon un lugar destacado en esa historiografía y áreas como la historia rural y la historia política del período tuvieron un destacado desarrollo. No ocurrió lo mismo con la guerra de independencia, en torno de la cual la producción fue fragmentada.

Los aportes de los últimos años sobre el conflicto independentista –sin considerar a los surgidos de la tradicional historiografía militar ya delineada– provienen muchas veces de investigaciones cuyos principales objetivos no siempre son la guerra en sí.

Un primer grupo de trabajos ha llegado a estudiar la guerra a través del estudio de los sectores subalternos de la sociedad de Buenos Aires. La cuestión empezó con una mirada sobre la población de origen africano de Buenos Aires. El norteamericano George Andrews y luego el local Francisco Morrone matizaron una visión tradicional que colocaba como principal razón de la “desaparición” de los negros porteños a la gran mortandad provocada por sucesivas guerras, comenzando por la de independencia. Si bien muchos murieron en el conflicto –y ciertamente los negros formaron el grueso de las tropas con las que San Martín inició la campaña de Chile– la guerra tuvo ciertas aristas beneficiosas para los que entre ellos eran esclavos, dado que quienes ingresaban

en el ejército ganaban al terminar el servicio la libertad. Para la francesa Carmen Bernand la participación en el ejército se convirtió en la principal vía de identificación de los descendientes de africanos con la *patria* a la que servían.<sup>26</sup>

Más recientemente, Juan Carlos Garavaglia se ha ocupado de investigar cómo el peso de la actividad militar en Buenos Aires hasta el fin de las guerras civiles recayó fuertemente en la población campesina. La guerra iniciada en 1810 significó una gran presión sobre ella: los *paisanos* –campesinos avecindados– sirvieron en la milicia y los migrantes del Interior que trabajaban en la campaña bonaerense soportaron el amplio reclutamiento forzoso para servir en el ejército regular.<sup>27</sup> También en relación a los sectores subalternos, pero en este caso urbanos, se encuentra mi propio trabajo. Al analizar las prácticas políticas de la plebe de la ciudad de Buenos Aires durante la etapa revolucionaria he buscado delinear las características de la participación de buena parte de sus miembros en las tropas que organizó el gobierno central para luchar con los realistas y los artiguistas entre 1810 y 1820. He rastreado así fenómenos masivos como la desertión y he intentado demostrar que las relaciones que se dieron dentro de los cuerpos militares permitieron el surgimiento de acciones colectivas dirigidas por los mismos plebeyos (en tanto sargentos, cabos y soldados) para realizar reclamos coyunturales, que se ligaron en ocasiones con las luchas políticas porteñas. Otro sector de la plebe porteña fue parte de la milicia, que se convirtió en un vehículo de incorporación a la vida política de los sectores ajenos a las elites y también devino un

---

<sup>26</sup> G.R. ANDREWS, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, De la Flor, Buenos Aires, 1989; F. MORRONE, *Los negros en el ejército: declinación demográfica y disolución*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1996; C. BERNAND, “Entre pueblo y plebe: patriotas, pardos, africanos en Argentina (1790-1852)”, en N. Naro (ed.), *Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America*, Institute of Latin American Studies-University of London, Londres, 2003

<sup>27</sup> J.C. GARAVAGLIA, “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares”, *Anuario del IEHS*, n° 18, Tandil, 2003.

generador de motines contra las autoridades protagonizados por los integrantes del “bajo pueblo”.<sup>28</sup>

Un segundo grupo de trabajos se ha ocupado de la guerra en el en el actual norte argentino, una de las regiones más afectadas por su desarrollo. Gabriela Tío Vallejo mostró que Tucumán se vio profundamente trastornada por la guerra independentista, principalmente porque fue durante buena parte del conflicto la sede del Ejército del Norte, lo cual volcó a una parte de la población al abastecimiento de los militares, provocó cierto impacto en el mercado local por los gastos de oficiales y tropa, llevó a la creación de una fábrica de fusiles y hospitales e implicó una importante transferencia de recursos del gobierno central a la provincia. Sin embargo, en su explicación esos cambios introducidos por la guerra en Tucumán fueron coyunturales y tuvieron muy pocas secuelas.<sup>29</sup>

La guerra en Salta y Jujuy, dominada por la figura de Güemes, ha dado lugar también a algunas investigaciones destacables. Sara Mata exploró las tensiones causadas en Salta por la situación socioeconómica tardocolonial y las razones por las cuales desde 1814 los pobladores rurales de la provincia abandonaron su pasividad y comenzaron a movilizarse activamente. Esa participación popular fue la base sobre la cual Güemes erigió su poder y disciplinó a la elite salteña. Los “gauchos” que lo siguieron, actuando en las milicias y en fuerzas irregulares, obtuvieron el fuero militar (por el cual salían de la jurisdicción de la justicia ordinaria y eran juzgados por sus oficiales, con quienes tenían relaciones fluidas) y pudieron evitar mientras estaban en servicio el pago de sus arriendos a los propietarios de tierras. Por eso la guerra tuvo un

---

<sup>28</sup> G. DI MEGLIO, “Soldados de la Revolución. Las tropas porteñas en la guerra de independencia (1810-1820)”, *Anuario del IEHS*, n° 18, Tandil, 2003; “‘Os habéis hecho temibles’. La milicia de la ciudad de Buenos Aires y la política entre las invasiones inglesas y el fin del proceso revolucionario, 1806-1820”, *Tiempos de América*, n° 13, Castellón, 2006. Ambos temas fueron profundizados en *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.

componente social revulsivo en esa provincia. Gustavo Paz, quien investigó a la vecina Jujuy que también era gobernada por Güemes, habló de “guerra social” para referirse a la cuestión. Los gauchos, sostuvo, desafiaron abiertamente a la autoridad de la elite en la campaña y además el enfrentamiento cobró una fuerte dimensión étnica tanto en Salta como en Jujuy. La “gente decente” temió realmente que las “castas” se lanzaran contra ella. Pero el fin de la guerra le permitió a la elite reconstruir su poder social.<sup>30</sup>

La guerra en el norte fue entonces un factor exógeno a la región –llegó desde afuera– pero desencadena una movilización popular amplia y modificó bastante, aunque sólo coyunturalmente, los equilibrios de poder. Algo similar ocurrió en la Banda Oriental, donde el levantamiento rural dirigido por Artigas dio lugar a una revolución radical con un fuerte contenido social. Ana Frega, de la uruguaya Universidad de la República, se ha dedicado a estudiar el artiguismo y en particular las razones de los sectores subalternos para participar de él, peleando contra realistas, porteños y portugueses. Aunque no me ocupo aquí de la historiografía uruguaya –que ha tenido una reflexión vasta e importante sobre Artigas y su movimiento– incorporo el trabajo de Frega porque mantiene un diálogo fluido con la actual producción argentina, lo cual general un provechoso acercamiento.<sup>31</sup>

Por último, y desde otro espectro –la historia del derecho– Ezequiel Abásolo aportó en los últimos años una serie de trabajos sobre el desarrollo de aspectos jurídicos militares en el período independentista, abordando las modificaciones de los fueros, así

---

<sup>29</sup> G. Tío Vallejo, *Antiguo régimen y liberalismo. Tucumán, 1770-1830*, Universidad de Tucumán, Tucumán, 2001.

<sup>30</sup> S. MATA DE LÓPEZ, “‘Tierra en armas’. Salta en la Revolución”, en MATA DE LÓPEZ (comp.), *Persistencias y cambios: Salta y el noroeste argentino. 1770-1840*, Prohistoria, Rosario, 1999, y “La guerra de independencia en Salta y la emergencia de nuevas relaciones de poder”, *Revista Andes*, n° 13, Universidad Nacional de Salta, Salta, 2002; G. PAZ, “Guerra social en el norte argentino. Caudillo y gauchos durante la independencia”, presentado en la Red de Estudios Rurales (RER), mimeo, Buenos Aires, 2002 (es parte de una tesis de doctorado aún inédita como libro).

<sup>31</sup> A. FREGA, “Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista”, *Revista Andes*, Universidad Nacional de Salta, Salta, n° 13, 2002; también su “El Artiguismo en la Revolución del Río de la Plata. Algunas líneas de trabajo sobre el *Sistema de los pueblos libres*”, en FREGA y A. ISLAS (coord.),

como explorando algunos problemas centrales de la vida militar de la época, tal el caso de las deserciones.<sup>32</sup>

Este listado no es todo lo que se ha producido en el terreno académico sobre la guerra pero sí lo más significativo. A simple vista se hace patente que no se ha tratado de un tema privilegiado por la historiografía. Por otro lado, en el campo de la divulgación histórica puede observarse que las biografías sobre aspectos de las vidas de figuras de la guerra de independencia como San Martín y Belgrano son y han sido de aparición frecuente y suelen ser bien recibidas por el público. En 1997 Pacho O'Donnell obtuvo un gran suceso de ventas al presentar un libro que relata –repetiendo las narraciones clásicas– la guerra en el Alto Perú, presentada como un supuesto aspecto “oculto” de la independencia (apelando a que los relatos escolares han hecho más hincapié en la campaña de San Martín a Chile). La exitosísima obra de Felipe Pigna – antiguo colaborador de O'Donnell– *Los mitos de la historia argentina* también dedica bastante espacio a la guerra de independencia. El enfoque es en este caso similar: una narración convencional de los acontecimientos con intentos de encontrar aspectos “secretos” que impacten al público no especializado. Estos textos no buscan la discusión con la producción académica ni acuden a ella para nutrir su perspectiva; lo que realizan, recuperando varias de las posiciones revisionistas, es un supuesto ajuste de cuentas con la visión imperante en el sentido común de la clase media de las grandes ciudades argentinas, que fue generada por el sistema educativo (tradicionalmente un reproductor

---

*Nuevas miradas en torno al Artiguismo*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la universidad de la República, 2001.

<sup>32</sup> E. ABÁSULO, “La vida militar en el Buenos Aires pre-revolucionario”, en A.D. Leiva (coord.), *Los días de Mayo*, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, San Isidro, 1998; “La abolición del fuero militar personal en el Buenos Aires post-revolucionario y el tránsito a la Modernidad del derecho castrense de los argentinos *Anuario Iberoamericano de Historia del Derecho e Historia Contemporánea*, n° 1, Santiago de Chile, 2001.



de la visión de Mitre y de la Academia Nacional de la Historia, aunque eso ha cambiado en los últimos años).<sup>33</sup>

Por otro lado, un libro publicado en 2005 por un joven estudiante de historia, dirigido a un público amplio, realiza una operación interesante. Se trata de una descripción pormenorizada (hasta lo tedioso) de absolutamente todos los combates que los ejércitos rioplatenses libraron entre 1810 y 1825, organizada de acuerdo a su ubicación en las “campañas sanmartinianas”, en la lucha en Paraguay, la Banda Oriental, el Alto Perú y en la guerra naval. Este relato detallado de las peripecias de cada enfrentamiento tiene una introducción doble que de alguna manera busca una síntesis entre dos tendencias: un breve prólogo de Miguel Ángel de Marco (presidente de la Academia Nacional de la Historia) analiza los cambios recientes en historia militar y representa a la actualización de la corriente tradicional, mientras que una introducción histórica realizada por un historiador de la Universidad de Buenos Aires –Luciano de Privitello– consigna los lineamientos principales de la política de los años de guerra, recopilando los aportes de las últimas tres décadas de historiografía argentina. El libro, de todos modos, mantiene la tradición de la historia militar: se aboca a los detalles técnicos y deja las cuestiones “centrales” de la historia en manos de otros.<sup>34</sup>

Casi no he incorporado a los autores extranjeros que se ocuparon de la guerra de independencia en Argentina, pero son verdaderamente pocos. El único de ellos que tuvo un verdadero impacto en el escenario local fue John Lynch, con su libro que proponía una interpretación general de las revoluciones hispanoamericanas.<sup>35</sup>

Es muy posible que la proximidad de los bicentenarios atraiga más atención no sólo sobre la revolución sino también sobre la guerra, tanto en el campo de la

---

<sup>33</sup> P. O'DONNELL, *El grito sagrado*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997; F. PIGNA, *Los mitos de la historia argentina*, vol. 1 y 2, Planeta, Buenos Aires, 2004 y 2005.

<sup>34</sup> P. CAMOGLI (con L. DE PRIVITELLO), *Batallas por la libertad. Todos los combates de la guerra de independencia*, Aguilar, Buenos Aires, 2005.

producción académica como en el de la divulgación. En uno y otro espacio es deseable que aparezcan miradas integrales sobre el conflicto, que por su importancia requiere ser revisitado. Hay mucha tarea por delante en lo concerniente a la guerra de independencia en lo que hoy es Argentina.

---

<sup>35</sup> J. LYNCH, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Ariel, Barcelona, 1980.